



Hugo Chávez, la pasión de un lector viajero

Julio Borromé

Hugo Chávez fue un lector de pasión manifiesta, colosal y de implacable coherencia bibliográfica, a pesar de su aparente dispersión temática. Su relación con los libros se rige por la categoría de la comprensión y por la capacidad de relacionar ideas, teorías, intuiciones y contextos con el fin de definir una estrategia de entendimiento de las realidades siempre cambiantes, y no por la posesión o consumo inmediato de los libros, dejando a un lado, por instrumental e insustancial, la opinión. Entonces, dejemos abierta esta pregunta cosa que no debería causar mayor asombro: ¿Cómo el lector se inserta en el mundo a través de la lectura de libros para transformarse, cambiar su relación con los otros y la realidad, y en consecuencia asumir una actitud y conducirse de una determinada manera?

Puede alargarse la lista de libros comentados por Hugo Chávez en el programa «Aló Presidente» y en otros espacios públicos. Libros reseñados con pasión por comunicar lo estudiado y también es útil la biblioteca viajera para hacerse una idea de los libros que lo acompañaban por aire, mar y tierra, libros como si tuvieran que conjurar el alma del lector impenitente tras la espera de insospechados hallazgos.

Pero la más promisoría de las lecturas públicas de Hugo retomada, y aun amplificada en sus divergencias a lo largo de su pedagogía subversiva, entre la política y la poesía, la educación y la economía, la historia y la filosofía, había de iniciarse y revelarse históricamente en el Discurso de toma de posesión de la Presidencia de la República el 2 de febrero de 1999.

Así, el gran lector Hugo Chávez, el hombre del 27 y 28 de febrero de 1989 y del día 4 de febrero de 1992 llevado por las condiciones de injusticia sufrida por el pueblo a cambiar el modo de hacer política en Venezuela, inspirado por el pensamiento bolivariano, es el mismo que tanto en el orden de las ideas como en el de la acción, promueve el libro y hace de la lectura una práctica democrática, dialéctica, poniéndola al servicio del pueblo y de la lucha política, o cuando menos, relacionándola a la cotidianidad de las circunstancias.

Esto no fue siempre así, qué de reflexiones no habrá dado Hugo desde sus caminatas apureñas o contemplando un amanecer ante el tocamiento de la sombra nietzscheana, desplazamiento y aun ruptura de sus oprobiosas cadenas en la cárcel de Yare. Y aquellas lecturas sobre Hegel y Heidegger, acaso fragmentos, pero que asomaban meditaciones de cara a sus últimos días de existencia. Sus lecturas fueron cambiando de acuerdo a la propia circunstancia vital, las nuevas realidades históricas, la economía y las políticas imperiales que definían una recolonización política y cultural del mundo.

Hugo Chávez en aquel Discurso del 2 de febrero de 1999 empeñaba su ardor patrio a exponer un balance de la historia de la República, de sus problemas contemporáneos, y a consolidar el protagonismo y la participación del pueblo con la propuesta de la Asamblea Nacional Constituyente orientada hacia el emergente modelo socialista venezolano.



Para afirmarse lector, venezolano, latinoamericano, caribeño y universal, actualizaba el pensamiento de Bolívar, la poesía de Whitman, respirando a todo pulmón la certidumbre al ritmo de las locomotoras de la historia; después Neruda, Asturias y Martí cantores del Padre Libertador y del Destino de Nuestra América; el mito del dios Jano y Clausewitz; el ser útil de Miranda, la modernidad de Rousseau y la herejía de Galileo Galilei.

Las lecturas y los autores nombrados en síntesis orgánica por Hugo en aquel Discurso definirían una comprensión y una voluntad creadoras, dichas lecturas atraviesan las fronteras de la subjetividad hacia los horizontes del nosotros. Un sentirse acompañado en las oscilaciones de la existencia van determinando un paralelismo en la vida de quienes comparten los mismos ideales.

No contento con el discurso fundacional pronunciado el 2 de febrero, procede Hugo a reinventar un modo de escaparse de la repetición cíclica de la cultura libresca como factor condicionante de la repetición de la historia: el lector ya no repite temas y vuelve sobre sus obsesiones, sino viaja, palpa las regiones, escucha al hombre y a la mujer de las voces profundas de la tierra, de los mares nocturnos, de las montañas encantadas y de las ciudades vertiginosas. Hugo, incorpora a la tradición, sabiduría y paisaje del venezolano, las matrices simbólicas y de pensamiento de sus lecturas para redefinir permanentemente el conjunto e ir en un movimiento inverso hacia la comprensión de la realidad y la sensibilidad de la Patria.

Imagino que no fue Hugo un lector sistemático y gregario, aun con su gran capacidad de síntesis, lector rodeado de una gran biblioteca decorada de espejos barrocos, búhos de Minerva, obras de arte y de algún gato-filósofo, no lo pudo ser el viajero nacido de la tierra y adonde el viento llevaba a encarnar la auténtica expresión

del venezolano. No lo pudo ser quien recorriendo el país hizo de Venezuela el gran libro de la Naturaleza. No lo pudo ser quien encarnaba una estética de la violencia creadora, entendida como parto, ruptura, belleza, riesgo y verdad que había de predominar sobre el pleno ejercicio de la maldad de aquella otra violencia conquistadora y neocolonizadora.

Hugo fue un lector de intensidades, de relaciones y experiencias directas con la palabra escrita y también fue un intérprete de la diversa musicalidad del hablante venezolano. Fue un lector crítico y dialéctico, de formación permanente y de sincera vocación pedagógica porque creía firmemente que el pensamiento libera a los hombres.

También fue un lector que descifraba los límites y ordenaba los descentramientos del mismo ejercicio hermenéutico del proceso de la lectura. En sus «analíticas» había lugar para el humor y la ironía, formas inteligentes del pensamiento, que en él tenían la virtud de corroer la rigidez y la seriedad de los discursos totalitarios y las ilusiones posmodernas.

Queda, entonces, por plantear una propuesta romántica e histórica a la vez, no sé si ya está en marcha: consistiría en hacer una edición crítica (impresa y digitalizada) de lo que pudiera llamarse *Los libros de Chávez*, los libros que Hugo leía, promocionaba y comentaba en público y en sus lecturas solitarias. (Qué hermosa empresa por delante). *Los libros de Chávez* pudiera enmarcar toda una línea editorial y porque no, definir un programa de televisión exclusivamente para lecturas, promoción y comentarios de libros.

En la medida que podamos releer *Los libros de Chávez*, estaremos más cerca de nosotros mismos y de los otros. Y como expresa Foucault, por cierto que Chávez lo comentó en una oportunidad, no hay verdad sin alteridad.

JUAN ANTONIO CALZADILLA ARREAZA

La biblioteca viva del Comandante

Uno siempre se ve invitado a volver sobre la metáfora con que Simón Rodríguez escenifica su alto concepto de la lectura:

«LEER, es RESUCITAR IDEAS, sepultadas en el PAPEL: cada Palabra es un EPITAFIO y para hacer esa especie de MILAGRO! es menester conocer los ESPÍRITUS de las difuntas, o tener ESPÍRITUS EQUIVALENTES que subrogarles.»

Las palabras encierran un espíritu latente. Leer debe devolverles la vida de su espíritu. Ese «espíritu», sabemos, es la carga afectiva concomitante sin la cual la idea carece de fuerza o de verdadero sentido.

Podemos decir que la biblioteca del Comandante Chávez, esa que reunió miles de títulos activos, es decir, leídos, y no meros habitantes inánimes de los anaqueles; esa que lo acompañaba en la noctambulía perpetua de Miraflores, o que, parcialmente, en grupos de veinte o treinta libros, lo acompañaba en sus todos sus viajes; que surgía en cada una de sus alocuciones, hasta convertirse incluso en arma amorosa contra el adversario (fue el caso del libro *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano, depositado como presente en las manos de Obama); esa biblioteca, plural, diversa, rica en variedades y variaciones, renovada y retomada sin cesar como una fiebre recurrente, podemos decir que estaba viva. Era una biblioteca «resurrecta», pero además insurrecta.

Alguna vez se hará el catálogo completo, como hoy hacemos con la biblioteca de Miranda o de Bolívar. En eso el Comandante Chávez proseguía apasionadamente la ilustración de los próceres libertarios. Dominaban acaso en ella cuatro grandes materias: *Historia* (y podemos recordar al vuelo a Augusto Mijares, Mario Briceño Iragorry, Federico Brito Figueroa); *Literatura* (desde la poesía, con Pablo Neruda o Alberto Arvelo Torrealba, hasta la novela, de manos de Víctor Hugo o Gabriel García Márquez); *Política* (de Aristóteles a Bolívar o a Gramsci); *Filosofía* (con Simón Rodríguez, Federico Nietzsche, Carlos Marx o István Meszáros); *Religión* (bajo la espada y la cruz de los Evangelios con que quiso inspirar un Reino de este mundo).

Una biblioteca es la *summa* de una cultura, y el más profundo ánimo de Hugo Chávez fue siempre el de consolidar un pueblo como el alma y cuerpo vivos de una Patria perdida y recobrada; eso, estaba consciente, sólo era posible mediante una inseminación y una resurrección de cultura, una cultura de pueblo, animada de una herencia portentosa. La biblioteca de Chávez era como el panteón espiritual de una Patria viva. Una cultura y una culturización nacional era resucitar verdaderamente el espíritu de un pueblo, a través, entre otras cosas, de aquellos libros que leyó y que leía constantemente, a través de los libros que lanzaba inesperadamente en sus discursos, como un ataque sorpresivo de artillería del pensamiento. Ese espíritu existe hoy, después de su partida, y tiene a Chávez como efigie entre sus constructores.

Lo más heroico, lo más hermoso, lo más meritorio y «milagroso» de la gesta espiritual chavista ha sido la construcción de un pueblo reagrupado en Patria, con una sólida identidad cultural, bajo el sueño de un país potencia, en un bloque histórico-geográfico de poder afroindioamericano, tributario del equilibrio de un nuevo universo, o

“Una biblioteca es la suma de una cultura, y el más profundo ánimo de Hugo Chávez fue siempre el de consolidar un pueblo como el alma y cuerpo vivos de una Patria perdida y recobrada.”

de un universo aún posible. Lo más resaltante, histórica y poéticamente, es que esa resurrección espiritual haya sido llevada a cabo por un humilde soldado originario de la más remota Venezuela, cuya idea encendida de Patria lo llevó a concretar, como director de la nación, lo que no hiciera ni hubiera hecho un letrado eminente de las clases cultivadas: ni la hizo el doctor Caldera, ni la hubiese hecho el doctor Uslar Pietri. La diferencia era el amor y la cultura de pueblo que faltaba a los doctos y doctores.

La biblioteca histórica, la biblioteca de papel, corre el riesgo de desaparecer bajo el embrujo y la seducción de la librería digital. Lo vemos con preocupación en el descuido que han sufrido nuestras grandes bibliotecas, públicas o universitarias. La Revolución Bolivariana, sin embargo, ha sido, bajo el impulso y acicate permanente de Chávez, una revolución editora. Ningún gobierno venezolano en su particular transcurso había producido tantos libros, en títulos y en números. Nos atreveríamos a apostar que la lista de títulos publicados en la Revolución Bolivariana es proporcionalmente muy superior a la de los publicados en los cuarenta años del puntofijismo.

Esa multitud de títulos, números y ejemplares, se haya dispersa, diseminada en el territorio y entre las masas en estado latente de semillas. Pero no sabemos a ciencia cierta cuáles se leen, cuáles haría falta seguir leyendo, cuáles faltan por ser leídos. Una biblioteca bolivariana revolucionaria, creadora y creativa, se ocuparía, como una primera tarea, en consolidar una Colección y una Sala «Hugo Chávez», que agrupara y compilara esa enorme masa de publicaciones surgida bajo su inspiración como la *summa* espiritual de un Pueblo y una Patria en estado creativo de resurrección.

La mayor obra cultural de Hugo Chávez fue la «creación de un pueblo», como clamaba Simón Rodríguez; la insistente, incansable revitalización, por todos los medios, de esas dos facetas de un espíritu nacional: un «sentido común» y un «común sentir». Los componentes de ese espíritu bolivariano revolucionario no tienen sus raíces en una elección personal o arbitraria. Chávez intuyó, sintió y asumió a fondo lo que el mismo llamó «el subconsciente histórico» de una nación (Cf. *El libro azul*), recuperando para ella su propia memoria e identidad, y su propia conciencia de poder. ■

La Librería Mediática
Marialcira Matute

Encuentros, libros, lectores y escritores

Hace ya 5 años y 174 columnas que escribimos para *Letras Ccs*. Dedicamos esta edición especial no sólo a reseñar algunos libros sino a celebrar el éxito del «I Encuentro de Lectores de La Librería Mediática, TVLecturas y Misión Leer y Escribir» del pasado 17 de febrero en la Librería Colombeia, Centro Cultural Bicentenario del Centro Nacional de Historia en Caracas.

ENCUENTRO. Con la participación presencial de los escritores Juan Calzadilla, Luis Britto García, Miguel Ángel Pérez Pirela, Luis Angulo Ruiz, Vladimir Acosta y José Negrón Valera y las reseñas de libros de Ernesto Villegas y Freddy Nández pudimos lograr recientemente hacer coincidir en un mismo espacio una muestra de diversos estilos literarios en edades, géneros y editoriales de Venezuela en un evento en el que escritores y lectores se encontraron para compartir acerca de la lectura como oficio y actividad. Isidoro Duarte y yo reseñamos el libro *Cartas bajo la manga*, de Angulo Ruiz editado por El Perro y la Rana y FEPR; y *Buen día Presidente*, de Ernesto Villegas (Nosotros Mismos, 2017). Angulo a su vez hizo una amplia reseña de *El monstruo y sus entrañas* (Galac - Imprenta de la Cultura 2017) de Acosta, quien también profundizó sobre su obra que es «un estudio crítico de la sociedad estadounidense». Angulo además reseñó positivamente nuestro libro *La Librería Mediática, el Libro. Tomo II (2010-2017)*. El lector Armstrong Lombano hizo un completo análisis de *Maraña* (UBV y FEPR, 2017) de Britto, así como de *Viraje* (Acirema, 2017) y *Del Diario Hastío*, de Nández. Britto, a su vez, bromeó sobre la lectura y la escritura; y la lectora Ana Cristina Chávez reseñó *Reyes y Dinosaurios*, de Negrón Valera, publicado por FEPR, que también reflexionó sobre la literatura de la Contrainformación. Leonel Ruiz y Nathaly Pérez no sólo cantaron sino que hablaron de la obra de Pérez Pirela, que a su vez aportó reflexiones sobre su especialidad, el análisis crítico de medios, así como sobre la literatura y el proceso de creación. Por su parte, Juan Calzadilla hizo una propuesta sobre la posibilidad de llevar al cine su libro *Reverón, voces y demonios* (Reeditado por Monte Ávila Editores) tema que comentó el cineasta Jorge Solé, también presente en el evento junto a un nutrido grupo de lectores seguidores de los programas. Compartimos en nuestro canal de youtube el video completo del evento, que inscribimos en las actividades del Foro Permanente Educación Crítica sobre Medios de Comunicación y se edita en forma de programa televisivo de La Librería Mediática. Nuestra programación de encuentros este año incluye un evento en mayo con escritoras, otro en agosto con creadores de literatura infantil y juvenil y uno en noviembre, abierto a todos los estilos y tendencias.

EL OJO CASTAÑO DE NUESTRO AMOR. El rumano Mircea Cartarescu, de 61 años, presenta con este título a los lectores, de la mano de Impedimenta en España, sus memorias y anécdotas de su experiencia como escritor. Coincido totalmente con él en sus pareceres sobre la literatura y me distancio en su visión política del mundo. Este libro es particularmente interesante pues demuestra su capacidad de hacer poesía en toda su literatura, independientemente de género que elija. Memorables pasajes como este, precisamente sobre la poesía, nos hacen seguir disfrutando de su particular estilo, que hemos conocido ya en diversos libros: «Nadie parece ponerle precio y, sin embargo, no existe nada más valioso... Hoy, cuando la civilización del libro agoniza y cuando penetramos con voluptuosidad en los espantosos desfiladeros de lo virtual, la poesía es menos visible aún... Y, sin embargo, humillada y disuelta en el tejido social, casi desaparecida como profesión y como arte, la poesía sigue siendo omnipresente y ubicua como el aire que nos envuelve. Pues, antes que una fórmula y una técnica literaria, la poesía es un modo de vida y una forma de ver el mundo.» ■

Portafolio

Chávez por sí mismo

[Quién en la biblioteca de su casa no guarda con recelo una edición de *Los cuentos del arañero*. De no ser así, bastaría revisar el historial del computador casero o personal y encontrar en él las veces que se ha visitado la dirección desde donde puedes leer el libro en digital. Y es que siempre vamos a él. Leer esas historias es escuchar al Comandante, sentirlo cerca. Hoy, cuando se aproxima otro 05 de marzo, lo hacemos con más urgencia, así que buscamos en sus juramentos, en sus anécdotas familiares, en las semblanzas que hace a su panteón de héroes, las palabras precisas con las que reconstruyó un país.]

Nos hizo libertadores

Bolívar era de pelo ensortijado, más negro que blanco; ese era el verdadero Bolívar a quien también desfiguraron. Es mentira que hablaba duro. No, la voz de Bolívar era chillona, inaguantable. Se subía en las mesas, le rompía los papeles al Estado Mayor. «¡Esto no sirve!». Así lo dice Andrés Eloy Blanco en un poema que se llama «Los desdentados». Cuenta Andrés Eloy que muchos años después de muerto el Libertador, había un acto en la plaza Bolívar de Caracas y la estatua, las coronas, las flores y los discursos oficiales. El presidente, todos de «paltó» y de levita, rindiéndole honores a Bolívar. Y detrás de las matas estaban unos viejitos, no tenían dientes, agachados, viendo el acto, y se reían. Entonces, viene la lectura de la última proclama y un señor, con voz de locutor: «Colombianos, habéis presenciado...», rememorándolo. Y los viejitos se reían y hablaban de Bolívar. ¿Por qué se reían? El poeta termina descifrando la incógnita. Al final dijo uno de los viejitos: «Mira, lo que dicen éstos, dicen que era alto, dicen que era fuerte, dicen que hablaba grueso. No. Era chiquitico, era flaquito, tenía la voz chillona y fastidiosa». Y dice uno al final: «¡Carajo!, pero se nos metió en el alma y nos hizo libertadores».

La solidaridad

En cada viejita que veo también recuerdo a Rosa Inés, que Dios tenga en su gloria, porque es la misma cara, son los mismos ojos pícaros, las mismas arrugas, es el mismo cabello largo y blanco. Es la misma bondad. Aquella anciana con un problema renal: «Se me tranca la orina», me dijo. Ay, se le tranca la orina, Dios mío, la operaron, se le reprodujo no sé qué cosa, pero entonces la tienen acostada en una camilla que no tiene ni colchón. La camilla pelada, frío aquello, la pobre viejita.

Entonces está de medio lado porque no puede estar acostada de frente, de medio lado con una sonda y una bolsita, para que vaya drenando. Imagínese que usted quiera orinar y no pueda. Uno a veces anda por ahí corriendo a ver dónde orina, porque no aguanta. Imagínate que eso sea todos los días. ¡Qué sufrimiento para una viejita! Entonces ahí la tienen de medio lado y con la cabeza doblada porque no hay una almohada, una bendita almohada no hay.

Ahora, yo le pregunto a los médicos, ok, el hospital no tiene almohadas. Pero, ¿no hay un vecino en la esquina que pueda prestar una almohada a esta hora? Se supone que a esta hora todo el mundo está trabajando, no está la gente durmiendo. No todo el mundo puede estar acostado con una almohada. Vayan a buscar una almohada. Apareció una almohada a los cinco minutos, o a los tres minutos. Y le pusimos su almohada. Si hubieran visto cómo le cambió la cara cuando le pusimos su almohada. Esas son las cosas, esos son los detalles que hacen a los grandes pueblos. La solidaridad, el amor, sea quien sea.

Mi abuela Rosa Inés

Mi abuela Rosa Inés nos enseñó a Adán y a mí a leer y a escribir antes de ir a la escuela. Fue nuestra primera maestra. Ella decía: «Tienes que aprender, Huguito». Las letras redonditas que ella hacía. Quizás de ahí viene mi pasión por la lectura, por la buena escritura, la buena ortografía, no cometer ni un error. Algunos me sufren, porque yo soy que si el acentico, la comita, la forma de la prosa incluso, y del verso de cuando en cuando. Ella me decía, ya yo militar: «Huguito, usted sálgase de ahí, usted no sirve para eso». Y a mí me gustaba el Ejército, y le preguntaba: «¿Por qué no sirvo para eso, abuela?» «Usted es muy 'disposicionero', usted inventa mucho». Dígame después, cuando, ya de teniente, de vacaciones, llegué un día a la casa con otros cadetes; nos sentamos ahí y yo puse a Alí Primera: «Soldado, vuelca el fusil contra el oligarca». Ella tenía esa inteligencia innata de nuestro pueblo y oía el canto de Alí Primera. Se fueron los compañeros y me dijo: «¿Se da cuenta? Usted se va a meter en un lío, porque yo estoy oyendo esa música y usted se la pone a sus compañeros, Huguito, Huguito. ¡Ay!, la abuela. Ella me descubrió antes de tiempo, me intuyó. Murió aquel 2 de enero, la sembramos en medio de retoños y de

amaneceres el año 1982. Recuerdo que tenía guardia el 31 de diciembre en Fuerte Tiuna, en la Academia. Me gustaba mucho pararme en el Gran Hall, en la puerta grande que da hacia las columnatas, y ver el jolgorio en la soledad. A las 12 de la noche nos asomábamos ahí el grupo de oficiales a darnos el abrazo, a ver los cohetes de los cerros de El Valle, a oír los rumores de la alegría y la esperanza de un pueblo que se renueva cada 31 de diciembre. El 31 hubo reunión de oficiales despidiendo el año y me dio pena pero le dije a mi coronel Tovar: «Mi coronel, necesito un permiso, tan pronto regresen los que están de permiso de segundo turno». Y le expliqué: «Mi abuela, que es mi mamá vieja, está muy mal y no le quedan muchos días de vida. Me acabo de despedir de ella hace dos días, un abrazo y las lágrimas y recuerdo que me dijo: '¡Ay!, Huguito, no llores, que quizás con tanta pastilla me voy a curar'. Pero no, ya no tenía cura, sabíamos que se iba, ya se estaba yendo. Y el buen coronel me dijo: «Chávez, vaya». Yo era jefe de deportes y no había en ese momento ningún gran compromiso deportivo. Entonces me dijo: «Váyase el 5 de enero cuando lleguen los demás». El día primero me voy a visitar a mi coronel Hugo Enrique Trejo en Macuto. Él tenía una casita allí; ese fue como otro padre mío, orientador, el gran líder militar de los años '50. Ahí estuvimos conversando el primero. En la tarde me fui a Villa de Cura a visitar a mi tía abuela Ana, la hija de Pedro Pérez Delgado. Estando allá salí a afeitarme, porque estaba muy mechudo —como decimos—, para regresar en la tarde a la Academia. Cuando regreso, ya tenía la noticia: «Ha muerto la abuela». Así que la sembramos al día siguiente. Ya yo estaba comprometido con la Revolución, por eso le escribí estas líneas:

Quizás un día mi vieja querida, dirija mis pasos hasta tu recinto, con los brazos en alto y como alborozo, colocar en tu tumba una gran corona de verdes laureles: sería mi victoria y sería tu victoria y la de tu pueblo, y la de tu historia; y entonces por la madre vieja volverán las aguas del río Boconó, como en otros tiempos tus campos regó; y por sus riberas se oirá el canto alegre de tu cristofué y el suave trinar de tus azulejos y la clara risa de tu loro viejo; y entonces en tu casa vieja tus blancas palomas el vuelo alzarán y bajo el matapalo ladrará «Guardián», y crecerá el almendro junto al naranjal, también el ciruelo junto al topochal, y los mandarinos junto a tu piñal, y enrojecerá el semeruco junto a tu rosal, y crecerá la paja bajo tu maizal, y entonces la sonrisa alegre de tu rostro ausente llenará de luces este llano caliente; y un gran cabalgar saldrá de repente y vendrán los federales, con Zamora al frente, y las guerrillas de Masantana, con toda su gente, y el catire Páez, con sus mil valientes; o quizás nunca, mi vieja, llegue tanta dicha por este lugar, y entonces, solamente entonces, al fin de mi vida yo vendría a buscarte, mamá Rosa mía, llegaría a tu tumba y la regaría con sudor y sangre, y hallaría consuelo en tu amor de madre, y te contaría de mi desencanto entre los mortales, y entonces tú abrirías tus brazos y me abrazarías cual tiempos de infante, y me arrullarías con tu tierno canto y me llevarías por otros lugares...



ars poética | Ana Ajmatova | Rusia



Unos van por un sendero recto

Unos van por un sendero recto,
Otros caminan en círculo,
Añoran el regreso a la casa paterna
Y esperan a la amiga de otros tiempos.
Mi camino, en cambio, no es ni recto, ni curvo,
Llevo conmigo el infortunio,
Voy hacia nunca, hacia ninguna parte,
Como un tren sobre el abismo.

Cuando escuches el trueno me recordarás

Cuando escuches el trueno me recordarás
Y tal vez pienses que amaba la tormenta...
El rayado del cielo se verá fuertemente carmesí
Y el corazón, como entonces, estará en el fuego.

Esto sucederá un día en Moscú
Cuando abandone la ciudad para siempre
Y me precipite hacia el puerto deseado
Dejando entre ustedes apenas mi sombra.

El poeta

Piensas que esto trabajo, esta vida despreocupada
Escuchar a la música algo y decirlo tuyo como si nada.
Y el ajeno scherzo juguetón meterlo en versos mañosos
Jurar que el pobre corazón gime en campos luminosos.
Y escucharle al bosque alguna cosa y a los pinos
[taciturnos ver
Mientras la cortina brumosa de niebla se alza por doquier.
Tomo lejos o a mi vera, sin sentir culpa a mi turno
Un poco de la vida artera y el resto al silencio nocturno.

La musa

Cuando en la noche oscura espero su llegada,
Se me antoja que todo pende de un hilo.
¿Qué valen los honores, la libertad incluso,
cuando ella acude presta y toca el caramillo?
Mira, ¡ahí viene! Ella se echa a un lado el velo
Y se me queda mirando larga y fijamente. Yo digo:
«¿Has sido tú la que le dictó a Dante las páginas
[sobre el infierno?»
Y ella responde: «Yo soy aquella.»

voy
hacia nunca,
hacia ninguna parte
como un
tren

Ana Ajmatova
(23.06.1889 - 05.03.1966)

Destacada poeta rusa. Lectora de los grandes autores de su país, entre los que destacan Pushkin y Dostoievski. Es autora de los libros *Requiem*, considerada su gran obra, *Poema sin héroe*, *El correr del tiempo*, entre otros.
Murió en Moscú el 05 de marzo de 1966.